

mensal. Vivía en el piso bajo, que daba al bulevar, y de ese modo guardaba ella misma la casa, ayudada por un gran perrazo, por una criada y por un criado que limpiaba las botas, los cuartos y hacía los recados, dos pobres como ella, en armonía con la miseria de la casa, con la de los inquilinos y con el aire salvaje y desolado del jardín que precedía á la casa.

Ambos eran muchachos abandonados por sus familias, y á quienes la viuda Vauthier daba la comida por todo salario, ¡y qué comida! El muchacho, á quien Godofredo entrevió, llevaba por librea una blusa hecha girones, escarpines en lugar de zapatos, y para andar por fuera unos zuecos. Desgreñado como un gorrión que sale de tomar un baño, con las manos negras, iba á trabajar midiendo leña en los puestos del bulevar, después de haber hecho el servicio de la mañana; y, una vez que acababa su tarea, ó sea á las cuatro y media, hora en que se retiran los puestos de leña, reanudaba sus ocupaciones domésticas. Iba á buscar á la fuente del Observatorio el agua necesaria para la casa, que la viuda proporcionaba á los inquilinos, así como pequeños hacecitos de teas cortadas y fabricadas por él.

Nepomuceno, pues tal era el nombre de aquel esclavo de la viuda Vauthier, entregaba lo que ganaba á su ama. En verano, aquel pobre abandonado se convertía en criado de los taberneros de la barrera, á quienes servía los lunes y los domingos. La viuda lo vestía entonces convenientemente.

Respecto á la muchacha, hacía de cocinera bajo la dirección de la viuda Vauthier, y, durante el tiempo que le quedaba, la ayudaba en su industria, pues aquella viuda tenía una profesión: hacía escarpines de orillo para los vendedores ambulantes.

En una hora, Godofredo supo todos estos detalles, pues la viuda lo paseó por todas partes y le enseñó la casa, explicándole su transformación. Hasta 1828 había sido un criadero de gusanos de seda, más bien

que para obtener seda, para obtener lo que se llama simiente. Once fanegas plantadas de moreras en la llanura de Montrouge y tres fanegas en la calle del Oeste, convertidas más tarde en casas, habían alimentado aquella fábrica de huevos de gusanos de seda. En el momento en que la viuda explicaba á Godofredo que el señor Barbet, que prestaba dinero á un italiano llamado Fresconi, empresario de aquella fábrica, no había podido recuperar su dinero, á pesar de la hipoteca que tenía sobre las construcciones y los terrenos, hasta después de haber puesto en venta tres fanegas de tierra que le enseñaba al otro lado de la calla de Notre-Dame des Champs, un anciano alto y seco, cuyos cabellos eran completamente blancos, apareció en la calle que da á la plazoleta de la calle del Oeste.

—¡Oh! ¡llega á tiempo! exclamó la Vauthier, mire usted, aquel es su vecino, el señor Bernard... Señor Bernard, le dijo tan pronto como el anciano estuvo á una distancia que pudiese oírle, aquí tiene usted el señor que viene á alquilar la habitación que está enfrente de la suya...

El señor Bernard miró á Godofredo de un modo que era fácil ver que significaba:

—Ha llegado al fin la desgracia que me temía.

—Caballero, ¿piensa usted vivir aquí? le preguntó en voz alta.

—Sí, señor, respondió modestamente Godofredo, No es asilo este para albergar á la gente feliz, y esto es lo menos caro que encontré en todo el barrio. La señora Vauthier no tiene la pretensión de albergar aquí millonarios... Adiós, buena señora Vauthier, disponga usted todo de manera que pueda instalarme esta tarde á las seis, pues vendré á esa hora en punto.

Y Godofredo se dirigió hacia la plazoleta de la calle del Oeste, andando con lentitud, pues la ansiedad pintada en la fisonomía del gran anciano le hizo creer que no iban á tardar en tener una explicación.

En efecto; después de titubear un poco, el señor Bernard volvió sobre sus pasos y fué á unirse á Godofredo.

—¡El viejo moscardón va á quitarle de la cabeza que venga! se dijo la viuda Vauthier. Esta es la segunda vez que me hace lo mismo... ¡Pero paciencia! dentro de cinco días tiene que pagar el alquiler, y, como se retrase en lo más mínimo, lo pongo de patitas en la calle. El señor Barbet es una especie de tigre á quien no hay necesidad de excitar, y... Pero quisiera saber lo que le dice... ¡Felicidad! ¡Felicidad! ¡pelona del infernal! ¿vendrás de una vez?... gritó la viuda con su voz bronca y formidable, pues había tomado su voz atiplada para hablar con Godofredo.

La criada, muchachota colorada y vizca, acudió.

—Vigila la puerta algunos instantes, ¿me oyes? vuelvo dentro de cinco minutos.

Y la señora Vauthier, antigua cocinera del librero Barbel, uno de los más duros prestamistas, siguió los pasos de sus dos inquilinos, de modo que pudiese espiarlos de lejos y que pudiese encontrar á Godofredo cuando la conversación entre el señor Bernard y él hubiese acabado.

El señor Bernard iba despacio, como un hombre indeciso ó como un deudor que busca razones para justificarse ante un acreedor que acaba de dejarle en las peores disposiciones.

Godofredo, aunque iba delante, le miraba fingiendo que examinaba el barrio. Hasta llegar á la mitad de la gran calle de árboles del jardín del Luxemburgo, el señor Bernard no se dirigió á Godofredo.

—Dispense usted, caballero, dijo el señor Bernard saludando á Godofredo, que le devolvió el saludo. Le pido mil perdones si le detengo sin tener el honor de conocerle; pero ¿ha pensado usted bien lo que va á hacer trasladándose á la horrible casa en que yo vivo?

—Pero, caballero...

—Sí, repuso el anciano interrumpiendo á Godo-

fredo con un gesto de autoridad, ya sé que puede usted preguntarme con qué título me mezclo en sus asuntos y con qué derecho le interrogo... Escuche usted, señor mío, usted es joven y yo soy muy viejo, tengo ya sesenta y siete años, y cualquiera me haría ochenta. La edad y las desgracias autorizan á uno para muchas cosas, ya que la ley prohíbe á los septuagenarios el prestar cierta clase de servicios públicos. Pero ya no le hablo á usted de los derechos que dan las canas; se trata de usted. ¿Sabe usted que el barrio adonde viene á vivir está desierto á las ocho de la noche, y que el menor peligro que se corre en él es el de ser robado? ¿Se ha fijado usted en estos lugares deshabitados y en estas huertas y en estos jardines?... Podrá usted decirme que yo vivo en él; pero yo, caballero, no salgo de casa después de las seis de la tarde... Me dirá usted que encima de la habitación que va á tomar viven dos jóvenes... Pero esos dos jóvenes letrados están perseguidos por sus acreedores, se esconden aquí, y salen por la mañana y vuelven á las doce de la noche, sin temor á ladrones y asesinos. Por otra parte, van siempre juntos y armados... Yo mismo les he sacado de la prefectura de policía la autorización para usar armas...

—¡Bah! caballero, dijo Godofredo, no temo á los ladrones, por razones semejantes á las que hacen á esos señores invulnerables, y siento tan gran desprecio por la vida, que si me asesinasen por error bendeciría al asesino.

—Sin embargo, nadie diría que es usted tan desgraciado, replicó el anciano, que había examinado á Godofredo.

—Tengo lo imprescindiblemente necesario para vivir, para comer pan, y vengo aquí precisamente á causa del silencio que reina. Pero ¿puedo yo preguntar á usted el interés que le mueve á alejarme de esta casa?

El gran anciano no se decidía á responder, pues

veía llegar á la señora Vauthier. Godofredo, que lo examinaba atentamente, quedó sorprendido del estado de delgadez á que le habían llevado los pesares, el hambre ó acaso el trabajo; en aquel rostro, cuya piel disecada se adhería con ardor á los huesos como si hubiese estado expuesta á los ardientes rayos del sol de Africa, había huellas de todas estas causas de debilidad. La frente, ancha y de aspecto amenazador, abrigaba bajo su base dos ojos de un azul acerado, fríos, de mirada dura, sagaces y perspicaces como los de los salvajes, pero apagados por grandes ojeras llenas de arrugas. La nariz grande, larga y delgada, y el menton muy levantado, daban á aquel anciano una gran semejanza con la tan conocida y popular cara que se atribuye á Don Quijote; pero resultaba un Don Quijote mal encarado, un Don Quijote terrible.

Este anciano, á pesar de su severidad general, dejaba ver en él el temor y la debilidad que hace adquirir la indigencia á todos los degradados. Estos dos sentimientos parecían agrietar aquella faz construída tan sólidamente, que el pico devastador de la miseria parecía embotarse en ella. La boca era elocuente y seria. Don Quijote adquiriría algunos caracteres del presidente Montesquieu.

Todo su traje era de paño negro, pero de un paño sumamente raído. La levita, de corte antiguo, y el pantalón, mostraban algunos zurcidos hechos con muy poco arte. Los botones acababan de ser renovados. La levita, abrochada hasta la barba, no dejaba ver el color de la camisa, y la corbata, de un color rojizo muy obscuro, escondía la industria de un cuello positivo. Aquel traje negro, llevado hacía ya muchos años, olía á miseria. Pero el aire de aquel anciano misterioso, su porte, su actitud, el pensamiento que cobijaba su frente y que se manifestaba en sus ojos, excluía la idea de pobreza. El observador hubiera titubeado mucho antes de clasificar á este parisiense.

El señor Bernard parecía preocupado de tal modo,

que muy bien podía ser tomado por un profesor del barrio, por un sabio sumido en tiránicas y profundas meditaciones, todo lo cual contribuyó á que Godofredo sintiese por él un gran interés y curiosidad, que estaban aguijoneados por su misión benéfica.

—Caballero, si yo tuviese la seguridad de que busca usted el silencio y el retiro, le diría que alquilase el cuarto que está frente al mío, repuso el anciano continuando. Alquile usted esa habitación, dijo levantando la voz de modo que pudiese oírle la Vauthier, que pasaba muy cerca escuchando. Señor mío, soy padre, y no tengo en el mundo más que mi hija y mi nieto para ayudarme á soportar las miserias de la vida, y mi hija necesita silencio y absoluta tranquilidad... Todos los que han venido hasta ahora para alquilar esa habitación que usted ha tomado, atendieron mis razones y el ruego de un padre desesperado; les era indiferente vivir en tal ó cual calle de un barrio verdaderamente desierto, y donde las habitaciones baratas y casas de huéspedes á precios módicos no faltan. Pero veo en usted una voluntad firme y le suplico que no me engañe, pues de otro modo me vería obligado á marchar y á irme fuera de la barrera... En primer lugar, un traslado podría costar la vida á mi hija, dijo con voz alterada, y además, ¿quién sabe si los médicos, que vienen á verla por amor de Dios, querrian pasar las barreras?...

Si aquel hombre hubiese podido llorar, sus mejillas se hubieran cubierto de lágrimas mientras decía estas palabras; pero el llanto se notaba en su voz, y se cubrió la frente con la mano, que no dejaba ver más que huesos y músculos.

—Y ¿qué enfermedad tiene su hija? le preguntó Godofredo con aire insinuante y simpático.

—Una enfermedad terrible, á la que los médicos dan todos los nombres, ó mejor dicho, que no tiene nombre... Mi fortuna se ha agotado...

Se detuvo un rato para decir lo siguiente, con ese

acento parco y dolorido que sólo pertenece á los desgraciados:

—El poco dinero que tenía, pues me quedé sin fortuna en 1830, después de haber ocupado una alta posición, en una palabra, todo lo que tenía, fué devorado por mi hija, que había arruinado ya á su madre y á la familia de su marido... Hoy, la pensión de que disfruto basta apenas para pagar las necesidades del estado en que se encuentra mi pobre y santa hija... Ella ha agotado en mí la facultad de llorar. He sufrido mil torturas. Caballero, crea usted que debo ser de granito cuando no estoy muerto, á no ser que Dios conserve el padre á la hija para que tenga un guarda y una providencia, pues su madre murió de pena... ¡Oh! joven, usted viene en el momento en que el árbol secular que no se ha encorvado nunca siente que el hacha de la miseria, afilada por el dolor, empieza á encentarle el corazón... Y yo, que no he proferido nunca quejas, voy á hablarle á usted de esta enfermedad, á fin de evitar el que venga usted á esta casa, ó si persiste usted, para demostrarle la necesidad de no turbar nuestro reposo... En este momento, mi hija ladra como un perro noche y día.

—¿Está loca? preguntó Godofredo.

—No; conserva toda su razón y es una santa, respondió el anciano. Cuando yo le haya contado á usted todo, va usted á creer que soy yo el loco. Caballero, mi hija única nació de una madre que gozaba de una excelente salud. Yo no amé en mi vida más que á una sola mujer, que era la mía, y que escogí yo mismo. Yo hice un casamiento por amor uniéndome con la hija de uno de los coroneles más valientes de la guardia imperial, Tarlowski, un polaco, antiguo oficial del estado mayor del Emperador. Las funciones que desempeñaba exigían una gran pureza de costumbres; pero mi corazón no está hecho para albergar muchos sentimientos, y amé fielmente á mi mujer, que, por su parte, merecía mi amor. Soy padre

como fui marido, y con esto está dicho todo. Mi hija no se separó nunca de su madre, y jamás niña alguna vivió más casta y cristianamente que mi hija querida. Nació robusta y hermosa, y su marido, joven cuyas costumbres no tenían tacha, pues era hijo de un amigo mío, de un presidente de audiencia real, no pudo contribuir en nada á su enfermedad.

Godofredo y el señor Bernard hicieron una pausa involuntaria mirándose mutuamente.

—Ya sabe usted que el matrimonio cambia á veces mucho á las jóvenes, repuso el anciano. El primer embarazo pasó bien y dió por resultado un hijo, mi nieto, que vive ahora conmigo, y que es el único retoño de dos familias que se aliaron. El segundo embarazo vino acompañado de síntomas tan extraordinarios, que los médicos, asombrados, lo atribuyeron á la rareza de los fenómenos que se manifiestan á veces en este estado y que consignan en los fastos de la ciencia. Mi hija dió á luz un niño muerto, contrahecho, torcido y ahogado por movimientos interiores. La enfermedad empezaba y el embarazo no tenía nada que ver con ella. ¿Es usted acaso estudiante de medicina?

Godofredo hizo un gesto que lo mismo podía interpretarse por una negación que por una afirmación.

—Después de este parto terrible y laborioso, repuso el señor Bernard, un parto, caballero, que produjo una impresión tan profunda á mi yerno, que fué el origen de la melancolía que acarreó su muerte, mi hija, dos ó tres meses después, se quejó de una debilidad general que afectaba particularmente á los pies, los cuales, según decía ella misma, le parecía que eran de algodón. Esta atonía se cambió en parálisis; ¡pero qué parálisis, caballero! Los pies de mi hija se pueden doblar y retorcer sin que ella sienta nada. Existen los miembros, pero sin apariencia de sangre, de músculos ni de huesos. Esta afección, que no tiene semejanza con nada conocido, atacó á los brazos y á

las manos y creímos que sería alguna enfermedad de la espina dorsal. Médicos y remedios no han hecho más que empeorar este estado, y mi pobre hija no podía moverse sin que se le dislocasen, ya los riñones, los brazos ó los hombros. Durante mucho tiempo tuvimos en casa á un excelente cirujano casi de huésped, ocupado, de acuerdo con el médico ó los médicos (pues han venido muchos á verla por curiosidad), en poner los miembros en su sitio. Y ¿querrá usted creerlo, caballero? tenía que hacer esta operación tres ó cuatro veces al día... ¡Ah!... Esta enfermedad presenta tan diversas formas, que me olvidaba decirle á usted que, durante el período de debilidad, antes de la parálisis de los miembros, se manifestaron en mi hija los casos más extravagantes de catalepsia... Ya sabe usted lo que es la catalepsia. Permanecía varios días con los ojos abiertos é inmóviles con la misma posición en que la cogía el mal. De esta afección ha sufrido los casos más monstruosos y hasta ha tenido ataques de tétano. Esta fase de la enfermedad me sugirió la idea de emplear el magnetismo para su curación cuando la ví tan singularmente paralizada. Mi hija, caballero, gozó de una clarividencia milagrosa; su alma ha sido el prodigio de todos los sonambulismos, como su cuerpo es el teatro de todas las enfermedades...

Godofredo se preguntó si aquel anciano estaba en su sano juicio.

—A decir verdad, yo, que instruído por Voltaire, Diderot y Helbetins, soy un hijo del siglo XVIII, dije continuando sin hacer caso de la expresión de los ojos de Godofredo, yo, que soy un hijo de la Revolución y que me burlé siempre de todo lo que la antigüedad y la edad media cuentan de los poseídos, declaro, caballero, que la posesión es la única cosa que puede explicar el estado en que se encuentra mi hija. Sonámbula, no ha podido decirnos nunca la causa de sus sufrimientos; no los veía, y todos los tratamientos

que ella nos ha dictado, aunque se hicieron escrupulosamente, no dieron ningún resultado. Por ejemplo, mandó que le envolviesen en un cerdo recientemente degollado; después mandó que le introdujesen en las piernas puntas de acero muy imantado y candente... que la cubriésemos la espalda con una capa de lacre derretido... ¡Y qué desastres, caballero!... Se le cayeron los dientes, se puso sorda y muda, y seis meses después de mutismo absoluto y de sordera completa, recobró de pronto el oído y la palabra. Con la misma facilidad que las perdió, recobró también el uso de las manos: pero los pies hace siete años que los tiene inútiles... Sufrió síntomas y ataques de hidrofobia muy pronunciados y perfectamente caracterizados. No sólo la presencia del agua, el ruido del agua y la presencia de un vaso, de una taza, la ponían furiosa, sino que ha contraído el ladrido de los perros, un ladrido melancólico, algo así como los alaridos que se oyen cuando se toca el órgano. Ha estado varias veces en la agonía y ha sido sacramentada, y ha vuelto á la vida para sufrir con toda su razón y con toda su claridad de alma, pues las facultades del espíritu y del corazón están aún sanas... Si ella vive, caballero, en cambio causó la muerte de su marido y de su madre, que no pudieron soportar semejantes crisis... ¡Ay de mí señor... lo que le digo á usted no es nada. Todas las funciones naturales están pervertidas, y la medicina es la única que puede explicar estas extrañas aberraciones de los órganos... Y en este estado es como he tenido que conducirla á París en 1829, pues los dos ó tres médicos célebres de París á quienes me he dirigido, Desplein, Bianchón y Handry, todos han creído que quería engañarles. El magnetismo era entonces enérgicamente negado por las academias, y sin poner en duda la buena fe de los médicos de provincia y la mía, suponían alguna inobservación, ó, si quiere usted, una exageración muy común en las familias y en los enfermos. Pero no han

tenido más remedio que cambiar de opinión, y á estos fenómenos se deben las investigaciones hechas en estos últimos tiempos sobre las enfermedades nerviosas, pues han clasificado este extraño estado entre el grupo de las neurosis. La última consulta de estos señores dió por resultado la supresión de la medicina; acordaron que era preciso dejar obrar á la naturaleza y estudiarla, y, desde entonces, no tengo más que un médico, que es el de los pobres de este barrio. En efecto, basta aliviar los dolores y dar paliativos cuando no se conocen las causas de la enfermedad.

Dicho esto, el anciano se detuvo como fatigado de hacer aquella espantosa confidencia.

—Desde hace cinco años, repuso, mi hija vive entre las alternativas de alivio y de recaídas continuas, pero no se ha presentado ningún fenómeno nuevo. Sufre más ó menos con esos ataques nerviosos tan variados que he indicado á usted someramente, pero lo de las piernas y la perturbación de las funciones naturales son constantes. La indigencia en que estamos y que no hace más que crecer, nos ha obligado á dejar la habitación que yo había tomado, en 1829, en el barrio del Roule; y, como mi hija no puede soportar el cambio, que ha estado á punto de matarla ya dos veces, la primera al traerla á París, y después al transportarla del barrio de Beaujon aquí, tomé inmediatamente la habitación que ocupó, preveyendo las desgracias que no tardaron en caer sobre mí, pues después de veinte años de servicios, el gobierno me hizo esperar la percepción de la pensión hasta 1833. Sólo hace seis meses que la recibí, y el nuevo gobierno unió á tantos rigores el de no concederme más que el *minimum*.

Godofredo hizo un gesto de asombro que pedía una confidencia total; el anciano lo comprendió así, porque prosiguió, no sin lanzar al cielo una mirada acusadora.

—Soy una de las mil víctimas de las reacciones políticas. Oculto mi nombre, objeto de muchas ven-

ganzas, y si las lecciones de la experiencia deben ser aprovechadas por las generaciones futuras, acuérdesse usted, joven, de que nunca debe nadie prestarse á los rigores de ninguna política... No, no es que yo me arrepienta de haber cumplido con mi deber: mi conciencia está perfectamente tranquila; pero los poderes de hoy no tienen ya esa solidaridad que une á los gobiernos entre sí aunque sean opuestos; y si se recompensa el celo, es por efecto de un miedo pasajero. El instrumento de que se ha servido, por fiel que le sea, queda olvidado tarde ó temprano. Aquí tiene usted en mí á uno de los más firmes sostenes del gobierno de los Borbones de la rama mayor, como lo fui del gobierno imperial, y, sin embargo estoy en la miseria. Demasiado orgulloso para tender la mano, nunca se pensó en que sufro inauditos males. Hace cinco días, caballero, el médico del barrio que cuida á mi hija, ó, mejor dicho, que la observa, me dijo que no juzgaba posible la curación de una enfermedad cuyas formas variaban cada quince días. Según él, las neurosis son la desesperación de la medicina, porque sus causas se encuentran en un sistema inexplorable. Me dijo que acudiese á un médico que pasa por ser un empírico; pero me advirtió que era un extranjero, un judío polaco refugiado, que los médicos le tienen envidia por algunas curas extraordinarias de que se ha hablado mucho, y algunas personas le creen muy sabio y muy hábil. Unicamente que es muy exigente y desconfiado; escoge á sus enfermos y no pierde el tiempo. En fin, es comunista... y se llama Halpersohn. Mi nieto ha intentado en vano por dos veces ver á ese médico, y si no hemos recibido ya su visita, me parece adivinar el por qué...

—¿Por qué? dijo Godofredo.

—¡Oh! mi nieto, que tiene ya dieciséis años, está peor vestido que yo, y ¿querrá usted creer, caballero, que no me atrevo á presentarme en casa de ese médico? mi traje está poco en consonancia con lo que se

espera de un hombre de mi edad y serio como yo soy. Si ven al abuelo desnudo como estoy, después de haber visto al nieto tan mal vestido, ¿querrá el médico prodigar á mi hija los cuidados necesarios? No, obrará como se obra con los pobres... Piense usted, señor mío, que amo á mi hija por todos los dolores que me ha hecho sufrir, como la amaba antes por los momentos de felicidad que me prodigaba. Hoy es para mí un ser angelical. Sí, ¡ay de mí! no es más que un alma, un alma que vive para su hijo y para mí; el cuerpo no existe, pues lo ha anulado el dolor... ¡Juzgue usted qué espectáculo para un padre! El mundo para mi hija es su cuarto; necesita flores que le gustan mucho, lee bastante y cuando tiene sanas las manos trabaja como un hada. Ella ignora la profunda miseria en que estamos sumidos... De modo que nuestra existencia es tal, que no podemos admitir á nadie en casa... ¿Me comprende usted, caballero? ¿Adivina usted la causa que me inclina á alejar á todo vecino? Le pediría á usted muchos favores que no podría pagar. En primer lugar, me falta tiempo para todo; me dedico á educar á mi nieto y trabajo tanto, que no duermo más que tres ó cuatro horas por la noche.

—Señor, repuso Godofredo interrumpiendo al anciano á quien había observado con dolorosa atención, seré su vecino y le ayudaré.

El anciano dejó escapar un gesto de orgullo y de impaciencia, pues no esperaba nada bueno de los hombres.

—Le ayudaré á usted como yo puedo ayudar, repuso Godofredo cogiendo las manos del anciano y estrechándoselas con piadoso afecto. Escuche usted: ¿Qué piensa hacer de su nieto?

—Muy pronto empezará á estudiar leyes, pues piensa dedicarse á la magistratura.

—Su hijo le costará seiscientos francos al año, y entonces...

El anciano guardó silencio.

—Yo, dijo Godofredo continuando después de una pausa, no tengo nada, pero puedo mucho; le traeré á usted al médico judío, y si su hija tiene cura, se curará. Ya buscaremos el medio de recompensar á ese Halpersohn.

—¡Oh! ¡si mi hija se curase, haría un sacrificio que sólo puedo hacer una vez! exclamó el anciano. ¡Vendería mis últimos recursos!...

—No tendrá usted necesidad de hacerlo.

—¡Ah! ¡la juventud! ¡la juventud!... exclamó el anciano meneando la cabeza... Adiós, caballero, ó mejor dicho, hasta la vista. Ya es la hora de ir á la biblioteca, y como he vendido todos mis libros, tengo que venir aquí todos los días para hacer mis trabajos... No olvido las promesas que acaba usted de hacerme, y veremos si me concede usted los favores que he de pedirle como vecino. Esto es todo lo que espero de usted.

—Sí, déjeme que sea su vecino, porque no olvide usted que Barbet no es hombre que sufra mucho tiempo la falta de puntualidad en el pago, y peor compañero de miseria que yo podría usted encontrar... Ahora le ruego que me crea y que me permita serle útil.

—Y ¿con qué interés? exclamó el anciano, que se disponía á bajar los escalones del claustro de los Cartujos, que era por donde se iba entonces del Luxemburgo á la calle del Enfer.

—¿No ha hecho usted nunca ningún favor á nadie durante el ejercicio de sus funciones?

El anciano miró á Godofredo con las cejas fruncidas y los ojos llenos de recuerdos, como el hombre que compulsaba el libro de su vida y que busca en él la acción á que pudiera deber tan raro agradecimiento, y después se volvió friamente haciéndole un saludo lleno de duda.

—Vamos, para ser la primera entrevista, no se ha mostrado tan adusto, se dijo el iniciado.